

UNA PÁGINA PARA «APOLO»

El estudiante de provincia que sueña con ir á doctorarse en la metrópoli; el mozo de pueblo que nunca se apartó de la sombra de su camparario y anhela conocer el mundo, suelen forjarse de la ciudad, objeto de sus sueños, una idea alambicada, sublime y muy superior á toda realidad. Con el fácil optimismo de la inocencia, ellos se figuran la ciudad como la realización de un orden perfecto, donde todo está nivelado por lo alto: donde todas las casas son limpias, cómodas y hermosas; todas las mujeres, espirituales y elegantes; discretas y delicadas todas las conversaciones; todos los objetos, de gusto: donde el mérito corre siempre parejas con la fama, y la misma maldad y el mismo vicio se presentan constantemente en formas interesantes y novelescas.

Obra en estos mirajes la natural exorbitancia de la imaginación candorosa y aguijoneada por los prestigios de lo desconocido; pero obra además la tendencia, no menos terca y congenial á la naturaleza del hombre, de no conformarse con las imperfecciones de la realidad que le rodea y de mantener, mientras la experiencia no le fuerza definitivamente al desengaño, la esperanza en una esfera de realidad donde lo ideal y soñado sea posible. Cuanto feo, de ruin y de mezquino, ya material, ya moralmente, halla el lugareño ó provinciano de nuestro ejemplo en su lugar ó su provincia, lo atribuye á la inferioridad de este menguado marco dentro del cual vive, lo considera propio y exclusivo de él, y no duda, ni por un momento, de que los es-

cenarios grandes y encumbrados del mundo se hallen inmunes de tales sombras é imperfecciones. Claro está que no se equivoca en muchas de estas diferencias que anticipa entre la aldea que conoce y la ciudad que ignora; pero no es menos seguro que se engaña en otras muchas, y que la presencia de la soñada realidad le obliga luego á rectificar gran parte de sus cándidas imaginaciones, y á reconciliarse quizá con el recuerdo de su terruño, convenciéndole de que las ciudades son aldeas en grande, de que los cortesanos son lugareños bien vestidos, y de que no pocas de las ruindades, de apariencia y esencia, que le causaban enojo en el lugar donde nació, no eran, como suponía, desventajas de la vida de lugar, sino defectos y limitaciones inherentes á la naturaleza humana y á la condición de las cosas terrenas, aunque en la aldea se manifiesten en forma frecuentemente más grosera, desapacible é incómoda, que en los centros de la civilización.

En el juicio que los americanos formamos de nosotros mismos, de nuestra inferioridad y nuestro atraso, y de las excelencias de las sociedades lejanas que nos sirven de modelo ¿no interviene, con harta frecuencia, el género de ilusión á que me he referido?... ¿no interviene un poco del engaño del mozo de pueblo que imagina la ciudad como la realización de un orden perfecto y atribuye á miserias de su lugar muchas de las pequeñeces y fealdades que son de la esencia de las cosas y de los hombres?...

JOSÉ ENRIQUE RODÓ.